

nizando las columnas para un asalto sobre la plaza ó sobre los fuertes. Bien puede ser que hagan algunos amagos sobre éstos, y que el ataque verdadero, en un momento dado, lo dirijan sobre la plaza. Pronto vamos á verlo.»

Hubo un intervalo de una hora, que á todos pareció un siglo, en que no se recibió telegrama ninguno. Probablemente el hilo telegráfico había sido cortado, tal vez el general Tapia estaba ya batiéndose en virtud de haberse dirigido el ataque sobre la plaza, como era de esperarse, poniéndose fuerzas suficientes al frente de Zaragoza, para que no pudiera auxiliarla; en fin, se hacían diversas conjeturas, cuando á eso de las doce y cuarto se recibió el siguiente despacho:

«El enemigo ataca resueltamente los fuertes de Loreto y Guadalupe, particularmente este último, sobre el cual ha lanzado tres poderosas columnas compuestas de zua- vos y marinos que han avanzado bajo fuegos mortíferos, demostrando la mayor intrepidez. Las columnas desaparecen en los repliegues del camino á unos doscientos metros del fuerte de Guadalupe, esperando que la artillería abra brecha suficiente para dar el asalto. El cañoneo es incesante por ambos lados, y nuestros fuegos, lejos de ser apagados, se ve que á cada instante toman mayor incremento, y á lo que parece son bien dirigidos.»

Ya se comprende el estado de inquietud y de incertidumbre que debe haber dominado los ánimos con la lectura de este telegrama que puso á todos nerviosos. . . .

El combate había comenzado, era reñido, terrible, según podía comprenderse, y parecía imposible que los franceses no tomaran la posición, conocidos como eran



*En este momento el combate es terrible. . . .*

sus elementos, su pericia, su valor y la superioridad en todo sobre nuestros bisoños soldados.

A la una nadie pensaba en retirarse del Palacio, todos estaban esperando el desenlace de Puebla con un interés, con una ansiedad indescriptibles.

Después de media hora se recibió este nuevo despacho:

«En estos momentos el combate es terrible: el humo es espeso y no deja ver nada; pero el estruendo de fusilería y de artillería es espantoso. Se comprende bien que hay grandes movimientos en los fuertes y en sus contornos, siendo el combate muy vivo en una línea que abarca más de trescientos metros. El general en jefe ha logrado comunicarse conmigo: me dice que todo va bien y que debo estar preparado para hacer una salida con las reservas, dejando las trincheras guarnicionadas.»

Naturalmente estas noticias triplicaron el desasosiego. Era claro que los franceses estaban dando ya el asalto con el vigor que tan notables los hizo en Crimea y en Italia. ¿Resistirían su empuje formidable nuestras tropas, que ya sabían con qué clase de soldados estaban luchando?

El mensaje que llegó á poco vino á disipar los temores:

«Las tres columnas francesas están retrocediendo rechazadas en toda la línea.»

Como se vé, la noticia era breve, pero confortable. La alegría se difundió entre los circunstantes, y no faltó quien dijera:

—Ahora toca su turno á Zaragoza de echarse sobre ellos y derrotarlos.

Pero pronto llegó otro despacho que volvió á establecer la duda.

«Los franceses están organizando nuevamente sus columnas reforzadas por una parte de las reservas, han emplazado en nuevas posiciones sus baterías y están dirigiendo un fuego más vigoroso contra el fuerte de Guadalupe, el cual también es contestado con mayor energía. Reina un gran entusiasmo en las tropas de la plaza que están ansiosas de entrar en combate. El nuevo asalto del ejército francés ofrece ser terrible.»

Nueva incertidumbre, nueva ansiedad y nuevas angustias para los concurrentes de Palacio.

Son las tres y media de la tarde y nadie se mueve, nadie quiere retirarse. Algunos militares examinan los planos y señalan los movimientos probables de los combatientes.

Llega otro parte que vuelve á hacer renacer la esperanza y que causa el mayor regocijo:

«El segundo ataque acaba de ser rechazado victoriosamente. Los salientes de la montaña están coloradeando con los pantalones de los zuavos que han quedado muertos; pero están llegando nuevas reservas, aun las que custodian el parque se han movido y han trabado una lucha sangrienta en la llanura con nuestra caballería. Se prepara un nuevo asalto.»

Siguió otra media hora más en que se vió al Presidente sereno, dirigiendo de vez en cuando la palabra á los que tenía al lado con toda tranquilidad, mientras los demás estaban pálidos y casi jadeantes.

Entonces se recibió el último telegrama:

«¡Victoria! ¡victoria completa! El enemigo fué totalmente rechazado en su tercer ataque, con grandes pérdidas; al querer reorganizarse para asaltar por cuarta vez los parapetos, una columna de nuestras tropas lo ha atacado de flanco auxiliada por la caballería de la plaza, obligándolo á retirarse completamente á sus posiciones primitivas, en donde está ya formado en cuadro.»

«En los cerros de Loreto y de Guadalupe y en la plaza se están tocando dianas. Se ha desatado una lluvia torrencial que ha venido á completar el fracaso de los franceses.»

Entonces el Presidente se sonrió diciendo solamente: —¡Gracias á Dios!

Todos le dieron la mano, algunos lo abrazaron derramando lágrimas y los más se retiraron para ir á comer. Al atravesar por los corredores, y en las calles inmediatas al Palacio iban dando la noticia, y ésta se propagó como si un cordón de pólvora hubiera estado extendido en toda la ciudad y se le hubiera puesto fuego.

El mismo pueblo, espontáneamente subió á las torres y repicó las campanas, en tanto que todos los barrios eran recorridos por grupos de gente en gran número gritando hasta enronquecerse ¡viva la República! ¡viva la independencia! ¡viva Juárez!

El telégrafo se puso en actividad, y el fausto suceso fué comunicado á todos los gobernadores y festejado con inmenso júbilo hasta en los últimos rincones de la República.

Los mismos partidarios de la intervención se regocijaron interiormente por algo que tuvieran aún de amor á la

patria ante aquel triunfo de los humildes soldados mexicanos, que habían sabido humillar el orgullo de los que venían apellidándose los bravos soldados de Magenta y Solferino, los primeros soldados del mundo!

El gobierno pudo tener un respiro para preparar la defensa nacional, con la conciencia de que aquella guerra inicua apenas había comenzado.



### CAPITULO LIII.

*Juárez es arrollado.*

HABIA transcurrido ya un año después del acontecimiento notable que se acaba de relatar en el capítulo anterior. La disoluta corte de las Tullerías, por su capricho de intervenir en México, había gastado más de cincuenta millones, el séstuplo ó tal vez diez veces más quizás de lo que podían importar las reclamaciones justificadas que se presentaban contra nuestro gobierno, y habían perecido con la aventura napoleónica en ese año más de dos mil franceses, una tercera parte de enfermedades y los demás en acciones de guerra, sin que por eso se pensara en desistir de la empresa; antes bien, se había echado mano de los mejores generales, de los mejores regimientos, de los mejores buques de guerra, y de todo lo demás que se necesitaba para establecer un imperio, entre cuyos útiles se contaban hombres diplomáticos, políticos y financieros.